

LIBROS

América Latina: Las crisis y las fronteras imperiales

El Imperio español —dice Juan Bosch— nació el 27 de noviembre de 1493, poco más de un año después del descubrimiento, cuando llegó a La Española una expedición con mil personas a sueldo del trono, trescientos voluntarios, caballos, cerdos, perros, semillas, hielos de plantas. Entre los viajeros iban combatientes, pero también artesanos. Se trataba de una implantación, de una extensión de fronteras. Juan Bosch fue Presidente democrático de la República Dominicana; le derribó un golpe de Estado en 1963. Cuando, en 1965, una revuelta popular intentó reponerle, la intervención armada de los Estados Unidos lo impidió. Desde entonces Bosch vive en el exilio y continúa una labor literaria —narraciones, biografías, historias— que fue en él una vocación paralela a la política. Publica ahora un libro (1) en el que relata la historia del Caribe desde aquel momento imperial de España a la aparición de Fidel Castro. «Es una zona —escribe Bosch— cuya posición geográfica y cuyas riquezas le han creado el destino de ser frontera de dos o más Imperios: las presiones de estos Imperios sobre los indígenas para implantarse, las revueltas de éstos, los enfrentamientos entre los Imperios, la creación de nuevas poblaciones con sentido de nacionalidad y las sublevaciones de los esclavos y las nuevas poblaciones componen el cuadro de esta historia». El último Imperio que actúa sobre esa zona es el de los Estados Unidos, que, según Bosch, además de los sistemas clásicos ha empleado otros propios: «En el Caribe nadie había aplicado el método de la subvención para desmembrar un país y establecer una República títere en lo que había sido una provincia del país desmembrado; se refiere con ello a la creación de Panamá, extirpando ese territorio de Colombia. «Junto con el último de los Imperios, en

el Caribe habían entrado los años de las balas y los dólares», escribe el autor al referirse a la etapa contemporánea. Bosch estima que la estabilización de la revolución castrista en Cuba señala una época histórica: «la vieja frontera imperial que había quedado rota para los Imperios europeos en el siglo XIX y había sido reconstruida por los Estados Unidos en el siglo XX quedaba deshecha definitivamente en Cuba». Pero los acontecimientos inventariados en este libro terminan en 1961.

Para Tulio Halperin Donghi (2) la «crisis del orden neocolonial», o sea el principio de la rotura de las fronteras del último Imperio, comienza en 1930, tras la crisis de la Bolsa de Nueva York, en 1929; el derrumbe económico, acompañado de catástrofe social y crisis política, hizo sentir una impresión de «fin del mundo» y, pese a la recuperación del capitalismo, el mundo no volvería a ser el mismo. Se produce el fin del liberalismo, el desequilibrio económico, la concentración urbana, se quiebran las posibilidades del panamericanismo y todo ello conduce, finalmente, a las revoluciones y a la violencia. El balance de la situación que hace el autor indica que en la América Latina, que tenía 160 millones de habitantes al promediar el siglo XX y tendrá 600 cuando termine, la economía no crece con ritmo comparable al de la población, las desigualdades sociales se acentúan, las soluciones ensayadas para detener el proceso han hecho muy poco. «Sigue siendo cierto que en su breve vida independiente la América Latina no ha conocido otra prueba más ardua que la que prefiere obstinadamente eludir, y que es precisamente esa prueba la que las cosas mismas le imponen con mayor urgencia».

Como libros complementarios entre los de aparición actual pueden verse «Las Américas negras» (3) —la entrada y la supervivencia de África en América, a partir de la esclavitud—, el «Facundo», de Sarmiento (4) —fascinante relato de la revolución montonera en Argentina contra Rosas, en el siglo XIX—, y una «Radiografía del Che» (5), que, escrita por un médico sobre un médico que a la vez fue un enfermo (asma), trata de ser un estudio antropológico al tiempo que una biografía. El riesgo de esta clase de libros suele ser el de atribuir la totalidad de una

figura a razones patológicas o simplemente psicológicas y filogenéticas; el doctor Salgado no cae en ese error, aunque limite su estudio a la personalidad del comandante Guevara, lo cual da al libro un gran valor de complementario junto a otros estudios sociológicos, históricos y políticos de este período americano. ■ J. ALDEBARAN.

(1) «De Cristóbal Colón a Fidel Castro, el Caribe, frontera imperial», por Juan Bosch. Alianza, Madrid, Barcelona, 1970.

(2) «Historia contemporánea de América Latina», por Tulio Halperin Donghi. Alianza Editorial, El libro de bolsillo, Madrid, 1969.

(3) «Las Américas negras», por Roger Bastide. Alianza Editorial, El libro de bolsillo, Madrid, 1969.

(4) «Facundo. Civilización y barbarie», por Domingo F. Sarmiento. Alianza Editorial, El libro de bolsillo, Madrid, 1970.

(5) «Radiografía del "Che"», por Enrique Salgado. Dopesa, Barcelona, 1970.

Sociólogos en Bulgaria

Los búlgaros, con el deseo de prolongar la temporada veraniega hasta bien entrado el mes de octubre —según me contaba un alumno de último año de la Escuela de Economía del Turismo—, suelen organizar por estas fechas congresos y encuentros de diversa índole. Con ello logran, aparte naturalmente de las entradas de divisas, retardar el cierre de ese agradable complejo turístico, situado a orillas del Mar Negro, y que llaman Zlatni Pyassatsi («Las arenas doradas») desde 1958. Fue en esta zona, a 18 kilómetros de la ciudad de Varna, del Palacio de la Cultura y de los Deportes, de la Universidad, en donde concentraron al número aproximado de 3.000 sociólogos participantes en el VII Congreso Mundial de Sociología.

Tres mil sociólogos agrupados en torno al tema general Sociedades contemporáneas y futuras. Predicción y planificación social.

Al igual que ocurre sistemáticamente en todas las reuniones con carácter mundial, numerosas e indefinidas, también el caos hizo acto de

presencia, sobre todo en los niveles en los que puede sentirse más directamente: los organizativos y administrativos. Ello determinaba y, en cierta manera, formaba parte de esta reunión en la que convergían concepciones diversas (punto que no pasó inadvertido al búlgaro Yivkov en su saludo inaugural), contradictorias y claramente irreconciliables.

Todos los temas que hoy son objetos de reflexión sociológica se dieron cita en el Congreso de Varna: Sociología, macro-micro sociología, comunicaciones de masas, modelos matemáticos y métodos de previsión social, planificación urbana y desarrollo rural, sociología de la cooperación, de la familia, del derecho, de la ciencia, problemas de sociotécnica, sociología psiquiátrica, del Ejército, del ocio, del deporte, de la religión, del trabajo y de la organización, del imperialismo, del desarrollo nacional, etcétera. Y otros temas, como, por ejemplo, «Utopía y Desarrollo», que ante la ausencia de comunicaciones de base debieron ser anulados en las sesiones previstas. Ante tal cantidad de informes, comités de investigación, grupos de trabajo, seminarios a puerta cerrada, todo ello bajo la dirección de la Asociación Internacional de Sociología, prácticamente sólo se presentaba rentable para unos las «relaciones públicas», para otros la «contestación», simultánea o no al trabajo en el grupo por el que previamente se había optado.

Dos grandes líneas se definen a través de todo el Congreso (y de las que no podían escapar los representantes de la sociología española, académica, independiente o de la emigración económica): la de una sociología al servicio del statu quo y de su prolongación (corriente tecnocrática, por calificarla de alguna manera), y la sociología de transformación al servicio del cambio social (corriente crítica). Ambas posiciones se revelaron o descubrieron irreconciliables, como se demostró en el seminario de trabajo organizado por jóvenes contestatarios norteamericanos («Crítica de la sociología tecnocrática»), o en el comité de investigaciones presidido por los profesores Anouar Abdel-Malek, Mohamed Saïa y Sfia y Luciano Martins («Sociología del desarrollo nacional»), o en el comité internacional de sociología de las «comunicaciones de masas» bajo la coordinación de Edgar Morin y Vidal-Beneyto.

Una de las características predominantes en el Congreso fue la presencia de sociólogos de países en vías de desarrollo (Latinoamérica, Sudeste asiático, África negra, Palestina...), con aportaciones sobre estudios de casos específicos de un gran valor y rigor científico. Tal presencia ha puesto de relieve la imposibilidad de continuar con la actual estructuración de la AIS y la necesidad de encuentros científicos sectoriales o parciales, por no hablar de una nueva organización mundial de sociología o con carácter internacional.

Durante el Congreso, y sobre todo a partir de las recientes investigaciones tricontinentales, ha latido toda la problemática de la lucha ideológica, la desautorización de los partidarios de la asepsia científica del sociólogo, desmascarándose la falsa polémica entre tecnócratas e ideólogos.

Por último, y como punto de interés que nos toca directamente, la fijación en España de la sede del Comité Internacional de la Sociología de las Comunicaciones de Masas y la designación del doctor Vidal-Beneyto como secretario general del mismo. ■ FRANCISCO J. CARRILLO.

Un español, secretario general

Pocas y nada completas informaciones acerca del Congreso Internacional de Sociología, celebrado hace unos días en Bulgaria, han circulado en nuestros medios. Por ejemplo, apenas se ha concedido relieve en algún periódico a la noticia de que un sociólogo español, José Vidal-Beneyto, ha sido designado secretario general del Consejo de Dirección del Comité Internacional de Comunicaciones de Masas. En el Consejo, presidido por el francés Edgar Morin, figura en dos vicepresidentes: el soviético Petrov y el norteamericano Katz. La función que deberá cumplir este Comité es sobremanera interesante: la de promover y coordinar la actividad teórica acerca de la Prensa, la Radio, la TV y otros medios informativos a escala internacional. En virtud de este nombramiento,

es muy posible que la sede del Comité, actualmente en París, sea trasladada a Madrid. No hace falta subrayar la importancia de la noticia, por cierto no facilitada en ninguna de sus nueve largas crónicas por otro sociólogo español participante.

Al flamante secretario general nos hemos dirigido en demanda de una precisa información sobre lo ocurrido en Varna. Información, como veremos, radicalmente sincera.

—¿En qué ha consistido el Congreso?

V.B.—Una vez más, en una gran feria de vanidades. La inutilidad del mismo ha sido casi total, porque, por su misma magnitud, ni siquiera ha cumplido la función de mercado —de puestos de trabajo, de libros, de proyectos de investigación, de alianzas tácticas o acuerdos diplomáticos— que es en verdad la propia de los congresos, festivales y demás actos colectivo-culturales.

—¿Pero estaba bien organizado?

V.B.—Aunque quizá suponga reiterar una información ya dada por otro sociólogo en sus abundantes crónicas, diré que hubo dieciocho comités internacionales, nueve grupos de trabajo, diecisiete especiales y dos mesas redondas. Según me parece, sus dos grandes centros de polarización han estado constituidos por el Comité Internacional sobre Sociología del Desarrollo Nacional, y el grupo de trabajo sobre sociología del imperialismo, por una parte, y por otro, el Comité Internacional de Comunicaciones de Masas.

—¿Cómo se planteó la problemática fundamental en estos Comités?

V.B.—En las sesiones de trabajo estalló en seguida la gran frustración económico-político-intelectual de los países en desarrollo: sus temores a la domesticación a través de unos modos y unas técnicas importadas y su doble hipótesis de que una realidad distinta exigía unos planteamientos teórico-metodológicos distintos y de que era inútil repetir unas experiencias científicas que ha-

bían demostrado su casi total inutilidad.

—Siempre he creído, sin embargo, que en los países en desarrollo se atribuía a la sociología un poder casi taumaturgico. Al menos, así lo he leído en más de un trabajo sociológico.

V.B.—Es posible que esta sea la hipótesis de aquellos sociólogos más ingenuamente al servicio del poder en los países en desarrollo. Pero no cabe duda de que la impaciencia de los jóvenes científico-sociales de esos países no es por la mimetización de unas técnicas aprendidas fuera, sino, al contrario, por su liberación frente a ellas, que se ha traducido en Varna en una denuncia constante frente al imperialismo sociológico, la cual culminó en una denun-

ciada de honrados funcionarios habían sido promovidos de la noche a la mañana a la «gloriosa» condición de sociólogos. Supuso un verdadero espectáculo contemplar sus esfuerzos para ver quién era más empírico. Resulta increíble cómo, aparte de los insistentes en la formulación del «Dlamar», la gran mayoría sigue no sólo las técnicas, sino asimismo los métodos e incluso las teorías de la sociología anglosajona. La categoría de estratificación, por ejemplo, es utilizada olvidando que encierra una intención sustitutiva de la clase social. Hasta categorías como la de alienación son utilizadas desde una perspectiva empírica y funcional.

—¿Cudá es, en general, la situación actual de la sociología?



cia contra el imperialismo a secas. A esto, los sociólogos académicos lo calificaron de política e incluso de demagogia. Pero otros creen que es la verdadera sociología.

—¿Cómo ha sido la presencia del bloque socialista en el Congreso?

V.B.—Abrumadora. Quizá porque la reunión se celebraba allí, la súbita multiplicación de sociólogos del bloque ha sido tan sorprendente como silenciosa. El humor popular pretendía que los

V.B.—Su nudo gordiano consiste en que hay que hacerla y no decirlo frente a la metafísica. No puede ser una reflexión sobre la sociedad, sino un análisis de la misma. Para que este hacer sea posible, tienes que disponer de condiciones formales (autorización de entrevistas, cuestionarios libres, etcétera) y de condiciones materiales (alguien tiene que sufragar los costos, y ningún poder en ninguna parte tiene interés en que los resultados de tu análisis lo pongan en tela de ju-

icio. Por lo demás, el «corpus» sociológico está autocondicionado hacia la conservación del sistema. Para mí, la esperanza está en la instrumentalización de la «Escuela de Frankfurt». Acercarla a la realidad. Hacerla útil.

—Según otro sociólogo, ha habido un pacto de Varna. ¿En qué ha consistido?

V.B.—Creo que la fecundidad periodística de ese sociólogo le ha jugado una mala pasada. Se trataba de nombrar un comité que con carácter provisional hiciera presente a la sociología española ante la asociación internacional. Ni los españoles asistentes representaban más que a sí mismos, ni simbolizaban la pluralidad de tendencias o localizaciones de la sociología española, ni por otra parte creo que quepa un ámbito en que convivan todos los españoles que dentro y fuera de la Península se dedican al quehacer filosófico. Es más: nueve años de intentos —pienso en San Bernardo, en CEIASA y en la escuela crítica y su común destino dramático— demuestran que no está el horno para bollos. Si no hemos podido pactar en Madrid, ¿por qué alborozarnos ante un presunto pacto de Varna? ¿Cabe, por otra parte, la convivencia entre recuperados e irrecuperables?

—¿Podrás hacer una labor útil en tu nueva función?

V.B.—No lo sé. Las burocracias internacionales son las de más difícil manejo. El criterio de selección parece ser el de la mediocridad. Lo ideal sería que desaparecieran, pero, como sabes, no se destruye más que lo que se sustituye.

—Pero, concretamente, ¿qué haréis con vuestro Comité?

V.B.—Ya hemos hecho algo inhabitual: crear un Consejo de Dirección dominado por «no académicos» de menos de treinta y cinco años. Además, contribuiremos a la desmitificación del empirismo sociológico, y a terminar con las microinvestigaciones. Y además podremos comprobar si, desde una plataforma internacional, la sociología que apunta a la totalidad desde lo real

concreto es también imposible. Y si lo es, irse. Y decirlo. ■ EDUARDO G. RICO

El americano imposible

Publicada en castellano por vez primera en 1956, Alianza Editorial ha reeditado "El americano imposible" de Graham Greene, seguramente su obra más comprometida en el nivel político-social, si exceptuamos algunos de los cuentos escritos durante su ya lejana época de militancia. "El americano imposible" es, por otra parte, una novela que conserva su vigencia, su condición de llamada de atención, objetiva por lo demás, hacia los sucesos históricos del Sudeste asiático, epicentro del terremoto originado en el enfrentamiento de dos estrategias mundiales y a la vez tierra irredenta, en heroica lucha por su independencia y al servicio de la huida de la explotación del imperialismo mundial.

"El americano imposible", construida, como tantas otras novelas de Graham Greene, sobre un modelo muy cercano por su estructura al policiaco, nos ofrece, sin embargo, un contenido político de valor inapreciable. Terminada en 1955, Greene supo prever el drama futuro de la península indochina, cuando acababa de finalizar el primer: la colonización francesa. Ya en aquella época, el novelista pudo comprobar los movimientos secretos de los yanquis, encaminados a sustituir a la primera potencia colonizadora del país. También acertó en sus previsiones en punto a la indomable resistencia del pueblo vietnamita frente a los invasores que ya daban entonces sus primeros pasos por la vía de la corrupción y la violencia.

¿Historia menor esta de Greene? Lo es, sin duda, en cuanto a construcción novelesca. No lo es, de ningún modo, en cuanto a análisis político y sociológico de un país, relato magistral en la materia, predicción certera y adelantado del tremendo valor humano que el pueblo vietnamita sigue demostrando quince años después. ■ R.